

La verdad y el discurso político: una relación compleja.

Salvador Martí i Puig

Si se parte –como hacemos siguiendo a Josep M Vallès (2015) – de que la política es una actividad colectiva que los miembros de una comunidad llevan a cabo con la finalidad de regular los conflictos que aparecen en ella, siendo su resultado la adopción de decisiones que obligan —por la fuerza, si es preciso— a sus mismos miembros, se da por descontado que la política es fruto de la existencia inevitable e inherente de conflictos sociales y de los intentos para sofocarlos o regularlos.

Nos encantaría que en la sociedad reinara la concordia y la armonía, pero este deseo es eso: un deseo. La sociedad es el mundo de la diferencia en todos –o casi todos– los aspectos de la vida. Quizás sólo la muerte nos iguala. Hay desigualdad (y diversidad) en lo que se refiere a las creencias, los valores, las aptitudes, las habilidades, los deseos, las posesiones, y las oportunidades. No todos los miembros de la sociedad tienen un acceso semejante a la riqueza material, a la instrucción, a la capacidad de difusión de sus ideas, ni tampoco comparten las mismas cargas u obligaciones. Ese desequilibrio genera tensiones que –según sea su intensidad– pueden generar diferentes grados de conflictividad. Es en este marco de incertidumbre, continúa



exponiendo Vallès (2015), la política aparece como una respuesta colectiva al desacuerdo. Se confía a la política la regulación –que no solución– a las tensiones sociales, porque no parecen suficientemente eficaces otras posibilidades de tratarla, como podrían ser las lealtades familiares, la cooperación amistosa o el mercado.

Es necesario partir de esta concepción de política para preguntarse sobre el tema de este número, que trata sobre la *posverdad*. En este sentido la primera pregunta debe ser: ¿Existe la verdad cuándo uno relata, da cuenta o interpreta conflictos sociales en el que hay posiciones enfrentadas que luchan por unos intereses que cada parte percibe como legítimos? ¿Quién tiene la verdad cuándo hay una pelea? ¿Alguien posee la verdad a la hora de interpretar las siempre complejas relaciones sociales?

Es más... uno podría preguntarse: ¿Se dice la verdad en política?

No es sencillo responder las preguntas formuladas, a pesar de que parece exigir como respuesta un dicotómico: sí o no. Lo cierto es que salvo contadas excepciones los discursos políticos (y no sólo los declamados por los políticos) no tienen como objetivo ni una cosa ni otra. Los discursos políticos no se construyen a partir de la búsqueda de la verdad o la mentira. El objetivo suele ser otro, y ese es el de fidelizar, motivar, movilizar a “los propios” –en el sentido de adeptos, creyentes o partidarios de quien/es lo pronuncia/n– y convencer a los “ajenos”.



Joan Fontcuberta, [Sèrie Googlegrames](#)

El discurso político pretende ser una herramienta con capacidad de dar coherencia, consistencia y credibilidad a relatos que tienen como objetivo defender intereses y causas propias con el fin de desacreditar y vencer al adversario. Si una cosa hacen los creadores de discurso político es crear “cosmovisiones

compartidas” entre los propios para dar sentido a sus reclamos, expectativas y luchas. Eso es lo que los académicos llaman la creación de “marcos cognitivos” o *frames*. Según el creador de este concepto, Ervin Goffman, los “marcos cognitivos” son las lentes a través de las cuales se percibe la realidad social. Cuando se construyen estos “marcos” se generan metáforas específicas, representaciones simbólicas e indicaciones cognitivas con el fin de representar conductas y eventos de forma evaluativa y para sugerir formas de acción política –movilización, inacción o resistencia– según convenga. La creación de este tipo de discurso no se hace en el vacío, al contrario, debe hacerse a partir de ideas y mensajes que estén ya enraizados en la sociedad. Es decir, el discurso político hace interpretaciones, acusaciones o promesas que funcionan si se conectan con experiencias vividas, con una cierta memoria colectiva y si no contradice determinadas prácticas presentes o latentes en una sociedad.

En esta dirección, el discurso político quiere encauzar el descontento, identificar un blanco para canalizar los agravios, señalar las reivindicaciones y encontrar símbolos capaces de movilizar. En palabras de Snow y Benford (1998), las funciones de los “marcos cognitivos” son tres. En primer lugar, explicar la realidad a través de determinados valores; en segundo lugar, elaborar diagnósticos que implican tanto la identificación de un problema como la atribución

de culpabilidad o causalidad; y, en tercer y último lugar, movilizar simpatizantes y convencidos al señalar la relevancia que tiene la acción colectiva para el mundo y la vida. La tarea fundamental del discurso político es convencer que las indignidades (o privilegios, según se trate) de la vida cotidiana no están escritas en las estrellas, sino que pueden ser atribuidos a algún agente y a una determinada correlación de fuerzas y esfuerzos, y de que pueden cambiar (o mantenerse) por medio de la coordinación y de esfuerzos colectivos.

El discurso político debe incidir así sobre tres aspectos que son esenciales para la acción colectiva: la injusticia, la identidad y la eficacia (Gamson y Meyer 1992). El primero de ellos permite definir a ciertas condiciones sociales como problemáticas; el segundo persigue construir una identidad, un sentido de pertenencia entre los miembros, un “nosotros” y un “ellos” sobre los que recae la responsabilidad por las condiciones adversas que se pretenden modificar; y, finalmente, también es preciso que los simpatizantes asuman que sus acciones pueden ser eficaces para conseguir los objetivos propuestos.

Llegados a este punto ¿Es posible hablar de verdad en el discurso político? Como se ha señalado la “verdad de los hechos” es sólo una parte de los ingredientes de este tipo de discurso. En el discurso político son tan importantes los hechos como la forma de interpretarlos

y, sobre todo, la intencionalidad y los valores que se les imbuye. Guillermo Altarés (EP 10-06-2018) señala en un artículo titulado *Siglos de mentiras* que “hay cosas que han ocurrido y otras que no; pero los hechos reales y las ficciones influyen en nuestra percepción y opinión”.

Por eso hablar de verdad, en política, es un tema apasionante. Lo es porque a veces una cosa es lo que ha sucedido en el pasado, otra lo que se explica, y otra lo que la mayoría de la gente cree. A esta última, que puede no tener nada que ver con la primera, los historiadores la llaman «la verdad social». Y éste a menudo suele ser un relato construido a partir de equívocos interesados, tergiversaciones y lugares comunes, pero a veces permanece en el imaginario de las sociedades a lo largo de generaciones, aunque puede también cambiar a partir de algún acontecimiento.

Al escribir sobre ello me acuerdo del escándalo que se generó en 1995 en Argentina cuando el capitán de corbeta de las Fuerzas Armadas Adolfo Scilingo confesó en un arrebato de desesperación que durante el régimen castrense que gobernó el país de 1976 a 1981 los militares drogaban a las personas a las que habían detenido ilegalmente (los *desaparecidos*), las subían a un avión de madrugada y las lanzaban al mar del Plata con bloques de cemento atados a los pies. Ante estas declaraciones a los medios de comunicación, un amplio sector de la socie-

dad argentina se aterrorizó. Pero todo lo que Scilingo decía ya se había denunciado centenares de veces desde hacía años, y estaba escrito y publicado. Es más, la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, que fue creada mediante un decreto presidencial al inicio de la democracia, en diciembre de 1983, elaboró el informe titulado *Nunca más* sobre las violaciones de los derechos humanos durante la dictadura de la Junta Militar, que relataba con detalle todo lo que contó Scilingo una década y pico después. Lo que pasó en 1995 fue que, cuando Scilingo confesó públicamente los hechos, la «verdad social» que reinaba en el país –y que difundió la Junta Militar– se quebró. Por ello las declaraciones del capitán generaron una especie de catarsis. ¿Cómo manejar el tema de la verdad –y la memoria– en la política? En muchas latitudes, después de conflictos, se ha optado por crear las llamadas Comisiones de la Verdad a partir de las cuáles poder impulsar políticas de justicia y resarcimiento. Ha habido experiencias muy diferentes, todas valiosas entre las que destacan las de El Salvador, Guatemala, Suráfrica o Perú.

Pero esta pretensión –la búsqueda de la verdad– no es tan fácil ni sencilla. Como se ha expuesto al inicio del texto a menudo cada parte interpreta –en función de sus intereses– la realidad y cuenta “su verdad”. Lo importante, en este caso, es poder distinguir la inter-

pretación de los hechos, y constatar que éstos –además– son reales. De todas formas si la política se basa en intereses y en el conflicto que de ellos deriva, no podemos aspirar a discursos neutrales ni asépticos, aunque sí se debe reivindicar la presencia en esos discursos de hechos contrastados y realidades fehacientes. Eso es todo, que no es poco. Sobre todo en el mundo de hoy donde el formato en que se distribuye la información – *web, twitter, whatsapp*, etc.– da a lo difundido una pátina de credulidad. Ante ello la consigna siempre es ser incrédulo y desconfiado, ya que por principio el discurso político no puede neutral.

De todas formas es relevante reflexio-



Joan Fontcuberta, [Sèrie Googlegrames](#)

nar hasta qué punto lo señalado se relaciona con el concepto de la “postverdad”. La pregunta es si se trata de la mentira clásica, o si es otro tipo de mentira más elaborada, amplificadora y con capacidad de “resonancia” en los

marcos cognitivos con los que opera la gente. Mi posición es esta última. La literatura expuesta sobre los marcos cognitivos señala que para que un discurso nuevo se instale en las mentes de las personas es preciso que haya elementos que hagan de puente o enlace – *bridging*– entre percepciones de lo viejo y de lo nuevo (Snow et. Al. 1986). Se trata de enlazar diversas tramas ideológicamente congruentes sobre un tema en particular, aunque no necesariamente consistentes.



Joan Fontcuberta, [Sèrie Googlegrams](#)

Los estudiosos de este tema siempre han focalizado sus estudios en comprender cómo cambian y se transforman los discursos ideológicos y cómo éstos logran poner sobre el debate político nuevos temas. Pero pocas veces se han hecho esfuerzos en ver cómo operan estos mecanismos en la creación y difusión de medias-verdades y/o medias-mentiras intencionales. Sin duda el tema de cómo la maldad triunfa

no es nuevo: hay centenares de estudios sobre cómo fue posible el consentimiento de la sociedad alemana en el ascenso del régimen nazi, por ejemplo. Pero el caso de la posverdad necesita un capítulo aparte, pues significa la creación de discursos y sentidos con el fin de manipular las sociedades, hacerlas más dóciles, más confusas y menos críticas. Y en esta nueva tarea las redes sociales tienen un papel central, pues amplifican noticias al hacerlas masivas, las plasman en soportes digitales que generan apariencia de verosimilitud y las transmiten en un supuesto “tiempo real”. ¿Será la manipulación de siempre más sofisticada a día de hoy? Quizás sí.

Bibliografía:

Altares, G. (2018) *Siglos de mentiras. La larga historia de las noticias falsas*. https://elpais.com/cultura/2018/06/08/actualidad/1528467298_389944.html

Gamson, W.A. y Meyer, D.S. (1992) “The Framing of Political Opportunity” Paper presentado en el Congreso *European/American Perspectives on Social Movement*, Washington, D.C.

Goffman, E. (2006) *Frame Analysis. Los marcos de las experiencias*. Madrid: CIS.

Snow, D. A. y Benford, R.D. (1998): «Master Frames and Cycles of Protests», en A. Morris y C. Muller (eds.), *Frontiers in Social Movement Theory*,

New Heaven: Yale University Press.

Snow, D. A. *et al.* (1986): «Frame Alignment Process, Micro- mobilization, and Movement Participation», *American Sociological Review*, 51 (4): 464-481.

Tarrow, S. (2009) *Poder en movimiento. Movimientos sociales, acción colectiva y política de masas en el estado moderno*. Madrid: Alianza.

Vallès, Josep M y Salvador Martí i Puig. (2015): *Ciencia Política: Un Manual*. Barcelona: Ariel.

Viejo, R Encuadre teórico, operacionalización empírica, líneas de investigación

http://www.academia.edu/7022124/Frame_Analysis